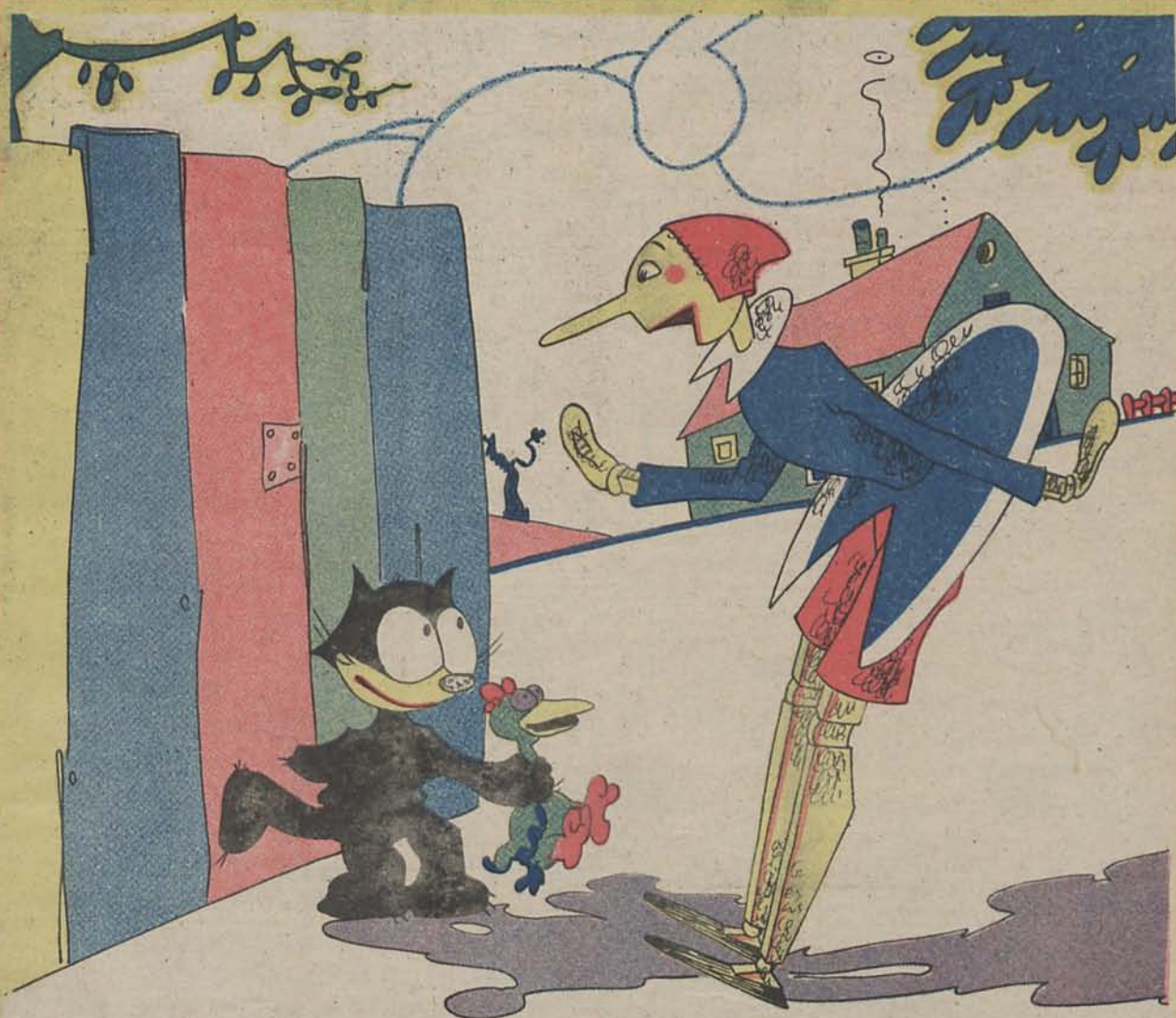


PiNOCHO

AÑO V
NUM. 252

25 cts

15 DICIEMBRE
1929



- ¡YO CONOZCO LA EDAD DE LAS GALLINAS POR LOS DIENTES!
- ¡PERO SI LAS GALLINAS NO TIENEN DIENTES!
- ¡CLARO! ¡PERO LOS TENGO YO!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



Copyright First Publishing Co. (New York N.Y.) 1928

B-25-29

R. DURAN



EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANOLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

extraño e inesperado modo una información preciosa: Fayollet está en

Hong-Kong, pero es esperado en Adelaida. Hay pues, que estar aun a la mira.

»En cuanto lo conozca, le participaré a usted el resultado de las indagaciones de la Policía referentes a Fireweil. Usted, por su parte, no me haga penar mucho demorando con exceso las noticias de los amigos.

»Saludos y salud.

JAMES CROOSWELT.»

Siguió a la lectura de la carta un silencio penoso. Las noticias que traía no eran ciertamente para infundir sobradas esperanzas, y nadie se atrevía a comentarla. Con los brazos cruzados y la cabeza baja, Enrique parecía la estatua de la desolación.

—He aquí una carta—dijo por fin el abogado en tono que quiso hacer jovial volviendo al cartapacio los pliegos leídos—he aquí una carta que os habrá hecho olvidar París y sus bulevares, sus nieves y hielos...

—¡Toma! ¡con una estufa como esta!—exclamó el incorregible diputado Rézard.

—¿Y ha comunicado usted a los demás las noticias de Crooswelt?—preguntó Sartiaux.

—Sí, a todos menos a Mandiguet porque ignoro dónde se encuentra. Por lo que hace a Ralph, telegrafíé al abogado Lanswert, con la esperanza de que pueda hacer llegar a aquél mi despacho.

—¡Gasto inútil!—afirmó implacablemente irónico el honorable Rézard—De hoy más, hay que darse por vencidos.

—¡Cómo!—replicó Franco—No es muy seguro, antes bien es bastante dudoso, que el agricultor de Australia haya sido Larouchy; y además, no hemos recibido noticias detalladas del Brasil, ni de la Argentina.

—Pero la carta anunciada telegráficamente por Sobrado hace tres meses, no se ha recibido todavía, y quién sabe si se recibirá. ¡Eso fué una broma!

—Yo espero, y hasta creo, que no. He telegrafiado antes de ayer a nuestro amigo pidiéndole explicaciones...

—Que no han llegado.

—¡Pero si le telegrafíé hace dos días solamente...! Y luego, queda Hodgsonfield.

—¡Sí, bueno está ese!—¿Qué quiere usted que haga a estas horas? Mientras estaba preso, piense un poco si la pandilla de Kōwaes y compañeros no habrá escudriñado toda la India y no habrá remontado o descendido todos los cursos de todos los ríos de aquel país. ¡Ea, no nos hagamos ilusiones!

—Pues bien, siempre nos queda la China.

—Sí, China queda siempre allá, en el extremo Oriente. Pero entre tanto, no sabemos de Mandiguet si está vivo o muerto.

—Cuando no hay noticias es que son buenas.

—Para mí el refrán miente. Para mí, el no haber noticias ha querido decir siempre que no hay noticias, lo que me ha dejado siempre ansioso e incierto. En este caso, además, podría significar más bien que hay malas noticias. Podría querer decir, por ejemplo, que los adversarios han conseguido inmovilizar a Mandiguet, que se han reunido con Larouchy en el Yang-Tse-Kiang y se han largado ya de allí con lo que buscaban.

—¡Jesús!—exclamó Pervenko—¡qué imaginación más pesimista!

—¿No les parece a ustedes—prosiguió Rézard

elevando la voz en tono más agudo—que ese Fayollet en Hong-Kong tiene todo el aspecto del hombre que se vuelve a París feliz y contento?

—Y entre tanto—añadió sonriendo el abogado Galiani—se dispone a pasar primero por Adelaida.

—¿Y nosotros—interrogó indignado el buen P. Marsan—tendremos que verle aun en sus oficinas dirigiendo sus vastos negocios bancarios?

—¡Claro está! Iseguramentel Y veremos también—no, esto, en realidad, no lo veremos—que Foichant continúa tan tranquilo pescando sus perlas en el Océano Índico; y...

—Y Kōwaes—dije yo—(conste, señor Rézard, que estoy continuando las fantasías de usted), Segismundo Kōwaes vendrá a sentarse quizás a nuestra misma mesa de juego en el Café de Madrid, y no le cohibirá pedirnos puesto en nuestra partida, y hasta se dejará ganar de buen grado algunos luises...

—Y Armagnac—remachó el honorable Grénédier cargando con un poco de exceso la dosis—volverá sin que nadie le moleste a su Ministerio y no es imposible que su brillante carrera en la Marina le consienta, en un día no lejano, ser diputado y llegar también acaso a sentarse en el banco azul.

Aquí la discusión se hizo general. Todos hablaban, y hasta gritaban, alrededor de Enrique, el cual no había llegado a abrir la boca y escuchaba los desconfiados comentarios con una sombra en la frente taciturna.

—¡Faltan las pruebas!—vociferaba a intervalos la áspera voz de Rézard. ¡Faltan las pruebas!

—Un momento—le atajó Franco—Todavía Crooswelt no nos ha dicho su última palabra.

—¡Vaya si la ha dicho! ¿No escribe acaso augurando que Larouchy no ha estado nunca en Australia? Y en cuanto a Mandiguet, no os oculto que su prolongado silencio me hace temer fundadamente por su integridad personal.

Sobresaltóse Enrique y, poniéndose en pie, avanzó hacia Rézard como para preguntarle si

sus tristes pronósticos descansaban en algo que ignorásemos.

—«No, no; perdóneme, mi querido D'Alimand—respondió el diputado estrechándole las dos manos—Pero aquí también, como en el Congreso, he querido decir las cosas y exponer mi opinión sin ambajes ni rodeos. Las ilusiones hacen después más triste y dolorosa la verdad.

—¡Pobre padre mío!—murmuró el joven pasándose una mano por la frente!

—¡Valor, valor, Enrique! Esperemos aun—le insinuó yo—. Las ilusiones son a veces nocivas; pero la esperanza es una gran consoladora. ¡Tal vez no esté todo perdido todavía!

—Gracias, gracias, mi cariñoso amigo—y me oprimió las manos entre las suyas que quemaban—Gracias por tus afectuosas palabras. Y gracias también a usted querido Rézard, por su sinceridad. Conviene, en efecto, juzgar las cosas como son y no como las imaginan nuestra fantasía, nuestro deseo y nuestro corazón. Sí, yo pienso como usted, precisamente como usted; y no me hago ilusiones. Sólo me duele que tantos caros amigos se hayan expuesto a tan grandes peligros por mi causa... y para nada. Pero después de tantas esperanzas, ya comprenderá usted que es demasiado duro tener que persuadirse de la inutilidad de nuestros esfuerzos, de la imposibilidad de lograr nuestros fines... ¡Ah, qué desgraciado soy! ¡Y cómo me siento ya infeliz por toda la vida!—Y sacudía la cabeza con aire desconsolado y en los ojos le chispeaban lágrimas.

Rodeábanle todos dándole alientos y repitiéndole vanas palabras de esperanza. El honorable Rézard, tal vez arrepentido de haber expuesto con demasiada crudeza sus temores y sus convicciones, decíale ahora que sus hipótesis podían ser equivocadas, que sus previsiones podían ser falsas, y sus temores demasiado exagerados. El príncipe Nojowamaki esforzábale también por confortar el dolor del pobre Enrique.

—No, no, hijo mío—le decía con gravedad

(Continuará en el próximo número).



COLORÍN Y SU PANDILLA



EL REINO DE LAS TENIEBLAS POR E. SALGARÉ

(Continuación)

nuestros cerebros, no sabíamos donde andábamos. Bill me agarró por una mano pues yo no sabía donde me hallaba y me llevó consigo haciéndome dar varias vueltas.

La galería era ancha y no era cosa tan fácil dar con sus paredes dado el caso de que aun subsistieran. La violencia de la explosión pudo haberla derribado toda en una vasta extensión.

Adelantamos algún trecho. Yo sufría horriblemente y hubiera dado cualquier cosa por poder aplicarme un poco de agua fresca en el ojo. Hice de tripas corazón y seguí a mi amigo. ¿Dónde estábamos? ¿Cerca de los pozos o nos internábamos por la galería en vez de salir? Imposible era saberlo con aquella completa oscuridad.

De pronto tropezamos con un obstáculo que nos hizo caer a ambos.

—Es un muerto—me dijo Bill—No será el primero ni el último que veamos.

Saltamos por encima de él sin experimentar ninguna repugnancia. ¿Qué significaba un muerto en un lugar donde los había por centenares diseminados por las galerías de la mina? Hubiérase dicho que en aquellos momentos se había extinguido en nosotros toda sensibilidad.

Proseguimos, siempre a tientas, impulsados por la esperanza de poder llegar a los pozos. Estábamos casi seguros que el salvamento debía ya haberse comenzado a realizar dirigido por los ingenieros y los mineros de las cuadrillas nocturnas que aun no habían bajado a los pozos.

Avanzamos otra vez un poco y sentí que Bill se detenía.

—¿No sigues adelante?—le pregunté.

—Hemos equivocado el camino—me respondió—





Delante de nosotros hay un obstáculo.

—¿No hemos llegado a los pozos?

—No.

Aquella respuesta me heló la sangre. ¡Nos habíamos extraviado a cuatrocientos metros bajo el nivel del suelo! En aquel momento la idea de la muerte se me presentó de pronto pues antes no había yo pensado en tal cosa. ¿Quién podría salvarnos? Como el grisú se había diseminado por todas partes me parecía horrible tener que morir en medio de aquella oscuridad.

—Bill—, dije—¿Estas seguro de haber llegado a la galería principal?

—No tengo duda alguna—contestó.

—¿Hacia que lado te has desviado?

—No lo sé. Con esta oscuridad me es imposible orientarme.

—¿No será un montón de escombros lo que nos cierra el camino?

—No, es una pared—me contestó.

—Entonces en vez de llegar a los pozos nos hemos metido por una galería transversal.

Bill no me contestó. Le oí moverse, caminar hacia adelante y hacia atrás durante algunos minutos y viniendo al fin hacia mí, me puso la mano en el pecho y me dijo con profunda angustia.

—Harry, creo que todo ha terminado para nosotros. ¿Cómo nos va a ser posible guiarnos sin una lámpara? Yo no se andar así por aquí.

—Volvámonos—le dije—Quizá no se hayan desplomado los pozos a consecuencia del grisú y pienso además que ya deben estar practicando trabajos de salvamento. Procura ir siempre hacia arriba para llegar a las galerías altas.

Volvimos a ponernos en marcha cogidos de la mano. Nuestra situación era espantosa pero no queríamos morir sin intentar antes hacer todo lo posible. La idea de poder, más tarde o más temprano, llegar a la superficie del suelo y de volver a ver el sol se había infiltrado de tal modo en mí que casi no sentía ya los dolores producidos por las llamas del grisú.

Seguimos caminando durante cinco o diez minutos apoyándonos con una mano en la pared. De vez en cuando chocábamos contra cualquier cadáver y caíamos uno u otro. ¡Cuántos muertos había en la galería! Aquellos desgraciados sorprendidos en su fuga por la tromba de fuego murieron de repente carbonizados en un instante.

Después de un buen rato Bill volvió a detenerse. Otra vez le oí soltar una exclamación de furor.

—¿Qué pasa, amigo Bill, qué hay de nuevo?—le pregunté.

—Nos es imposible avanzar—me contestó.

—¿Hay otra pared?

—Sí.

—Pues ¿en dónde estamos?

—No lo sé.

(Continuará en el próximo número)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



HACE UN DIA ESPLÉNDIDO DON TURU:
¿NO TIENE USTED PLAN
PARA HOY?

SI, SEÑOR:
TENGO UN
PLAN BOMBA



HOY HE COBRADO UNAS PESETILLAS QUE ME
DEBÍA UN AMIGO Y ESTOY EN FONDOS

ENTONCES ¿ME CON-
VIDARÁ USTED A
MOJAMA CON
CHURRITOS?



¿NO PIENSAS MÁS QUE ENCOMER,
CONDENADO! ¿Y LA SALUD? ¿Y
LA HIGIENE?

ESTÁN BIEN,
MUCHAS
GRACIAS.



LO PRIMERO, ES LO PRIMERO. AHORA MIS-
MO NOS VAMOS DERECHITOS A COMPRAR
UNA PILA PARA BAÑARNOS EN CASA. ¡LA
HIGIENE ANTE TODO!

¡VAYA PERRA QUE
HA COGIDO HOY
CON LA HIGIENE!



VERÁS QUE GORDITOS Y QUE
SANDOS NOS VAMOS A PONER
EN CUANTO NOS BAÑEMOS

USTED DIRÁ LO QUE
QUIERA, PERO LA MOJA-
MA Y LOS CHURRITOS AU-
MENTAN MÁS QUE
ESTE MAMOTRE-
TO



OYE, CURRINCHE ¿HABRÁ AQUÍ MU-
CHA PROFUNDIDAD?

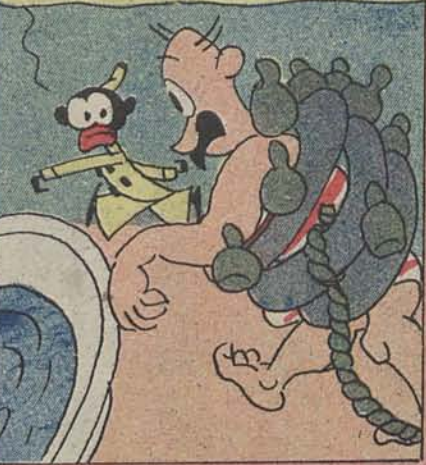
¡ANDA, YA LO CREO! ¡Y ESTÁ EL
FONDO LLENO DE TIBURONES!



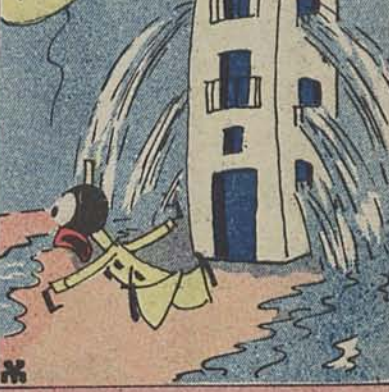
MIRA, CURRINCHE; MÁS VALE SER PREVE-
NIDO QUE SERTONTO. SUBE A LA
BUHARDILLA Y BAJAME TODO LO QUE
SIRVA PARA SALVA-
MENTO DE NAÚFRA-
GOS



¡¡MI ABUELA!! ¡VAYA INUNDA-
CIÓN QUE SE VA A ARMAR!



¡SOCORRO!



**LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA**



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

EL MERCADER DE VENECIA

Cashillo

HABÍA en Venecia un judío que, como todos los de su casta, vivía de la usura, prestando dinero a un interés casi tan grande como el que tú tienes por enterarte del asunto de la tragedia. En la misma ciudad habitaba un comerciante llamado Antonio, tan generoso como el judío avaro. Cuando alguno de sus amigos necesitaba dinero, se lo prestaba sin interés alguno. Un tal Basanio, mozo de noble estirpe, pero sin un cuarto, necesitó la ayuda de Antonio; y como éste tenía empleada toda su fortuna en unos barcos cargados de mercancías, que debían llegar de un día a otro, no pudo prestar a Basanio los tres mil ducados que necesitaban. Pero era de tan generoso corazón, que antes de negarle esa suma prefirió pedirla prestada al judío, que se llamaba Sylok. Este usurero impuso por condición que, si en el plazo de tres meses Antonio no le devolvía los tres mil ducados, tendría que dejarse cortar una libra de carne de donde quisiera su acreedor. Ya ves si la condición era horrible; pero Antonio tenía confianza en pagar antes del vencimiento, y no tuvo reparo en firmar el contrato.

A todo esto había muerto en Belmonte, punto próximo a Venecia, un hombre tan rico como caprichoso, el cual en su testamento, dejó mandado que su hija única, Porcia, se casara con el hombre que acertara a elegir, de tres cajas cerradas que dejaba, aquella en que estuviera el retrato de su heredera.

Como la joven era tan hermosa y honesta como rica, tuvo infinidad de pretendientes que se presentaron a aquel singular concurso; pero ninguno dió con la clave. Las cajas eran tres: una de oro, otra de plata, y de plomo la tercera. La de oro tenía la siguiente inscripción: «Quien me elija, ganará lo que muchos desean». En la de plata se leía: «Quien me elija, cumplirá sus anhelos». Y en la de plomo: «Quien me elija, tendrá que arriesgarlo todo».

Entre los aspirantes figuraba el Príncipe de Marruecos, un morazo más negro que el carbón, que se daba tono de haber

degollado a una porción de gente con el alfanje que llevaba; pero debía ser mentira, primero, porque los moros son muy embusteros, y segundo, porque el alfanje se veía a cien leguas que estaba sin estrenar.

Pues bien: cuando el morucho entró en la habitación donde se hallaban las tres cajas, eligió la de oro, creyendo ganar el premio; pero, al abrirla, encontró una calavera con un rótulo que decía: «No es oro todo lo que reluce. ¡Cuántos se engañan juzgando por las apariencias! En dorado sepulcro habitan los gusanos. Ya puedes largarte, que la nuez te ha salido vana».

El morazo, con su alfanje y su servidumbre, dió media vuelta y se largó a su país, tan negro como cuando vino.

Entró luego un Príncipe indio, y, después de vacilar un poco, eligió la caja de plata. Al abrirla se encontró con un muñeco como los de las cajas de sorpresa, que sacaba la lengua como burlándose del Príncipe.

Pero entre los pretendientes estaba Basanio, el amigo de Antonio, a quien había pedido los tres mil ducados para presentarse ante Porcia, a quien amaba ternísimamente, siendo también correspondido. Basanio, lleno de emoción, estudió las tres cajitas, y sin vacilar eligió la de plomo. Al abrirla encontró en ella el retrato de Porcia, y, por tanto, había ganado el premio. Al lado del retrato había la siguiente inscripción: «Tú, a quien no engañan las apariencias, consigues la rara fortuna de acertar. Ya que tal suerte tuviste, no busques otra mejor.» Basanio, loco de alegría, da gracias a Dios por la inspiración, y Porcia le entrega el anillo de bodas, diciéndole:

—Desde ahora sois mi señor y el de mi hacienda. Este anillo que os entrego, guardadle con cuidado. Si le dáis o lo perdéis, habréis perdido mi amor.

Juró Basanio conservarle mientras viviera; y ya se disponía para la boda, cuando llega una carta dirigida a Basanio. La carta era de Antonio, y decía así:

«Querido Basanio: Mis barcos naufragaron; me acosan mis acreedores; he perdido toda mi hacienda. Ha vencido el plazo





de mi escritura con el judío, y claro es que, si cumple la cláusula del contrato, tengo forzosamente que morir».

—Vete al punto—exclamó Porcia—, vuela y que no peligre por tí ni un cabello de tu amigo. Él te prestó tres mil ducados: toma treinta mil y dalos al judío.

Marcha Basanio presuroso a salvar a su amigo, y Porcia se disfraza de abogado y marcha a Venecia; se hace anunciar como un letrado célebre, y llega a punto al acto del juicio. El Dux de Venecia, que es el jefe de aquella República, preside el acto. En una tribuna se sienta el fingido abogado, y a poco entran Antonio, Sylok y Basanio. Éste ofrece al judío darle triple, o cuádruple, o décuple cantidad de la que prestó, con tal que deje en paz a su amigo, que pidió el dinero para él; pero Sylok se mantiene inflexible.

—¡No quiero dinero!—exclama—Quiero saciar mi venganza en este hombre, que ha tenido la desfachatez de prestar dinero sin réditos, causándome perjuicios, y además se ha atrevido a llamarme judío sin corazón. Como tengo derecho a cobrarle en una libra de su carne, yo se la sacaré del corazón, y en paz.

Intercede el Dux, y el judío rechaza todo arreglo. No quiere más que la libra de carne. Por fin habla el abogado, el cual lee el contrato, y dice:

—Sylok tiene razón.

—¡Oh, juez admirable!—grita el judío— ¡Bendita sea tu boca! ¡Eres un nuevo Daniel!

—Pero ten humanidad—dice Porcia, que es el abogado—y recibe el dinero que te ofrecen.

—No quiero; lo que deseo es que se cumpla el contrato.

—¿Lo quieres así? Pues no hay sino que te cobres. Prepara la cuchilla. (Sylok saca su puñal y lo afila en la suela del zapato). Pero fíjate. Tienes derecho a una libra de carne; ni más ni menos. La echarás en la balanza, y como haya la centésima parte de un adarme de más o de menos, eres hombre muerto, porque el Dux te mandará ahorcar. Además, en el contrato sólo se habla de carne, pero no de sangre; de modo que no viertas ni una gota; porque, si una gota de sangre sale del cuerpo de Antonio, serán confiscados todos sus bienes.

—¡Bravo! ¡Bravo!—exclamaron todos, menos el judío—¿No decías que este abogado

era un nuevo Daniel? ¡Toma Daniel!

El judío atemorizado, grita:

—Bien; venga mi dinero y me voy.

Pero Porcia exclama:

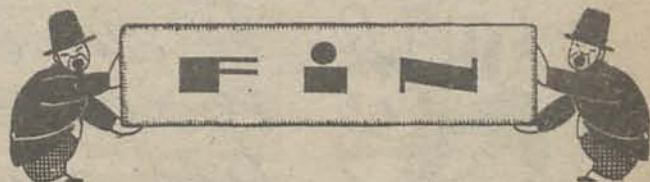
—¡No le déis ni un céntimo! Antes no lo quiso, y ahora se le niega por cruel. Según la ley, todo aquel que directa o indirectamente atentare a la vida de un ciudadano de Venecia será decapitado, y sus bienes pasan, mitad al Estado y la otra mitad al ofendido. De modo que sois hombre muerto.

Pero el Dux le perdona la vida, y Antonio renuncia a la indemnización; y el judío, avergonzado, se va como alma que lleva el diablo.

Antonio y Basanio dan las gracias, con gran efusión, al abogado que acaba de salvar la vida al primero, y le ofrecen su fortuna; pero Porcia dice que no quiere sino el anillo que Basanio lleva al dedo. Resístese Basanio, porque es el que Porcia le diera en señal de matrimonio; más al fin lo entrega, por no desairar a quien tanto ha hecho por su amigo.

Antonio y Basanio marchan a Belmonte; pero antes que ellos llega Porcia, se quita el disfraz, y luego de hacer como que se entera del juicio de Antonio, pregunta a su esposo por la sortija. Basanio se aturde, pero confiesa la verdad, y, después de algunas frases de reproche, saca Porcia del bolsillo la sortija y la devuelve a su esposo, recomendándole que no la vuelva a entregar. Se aclara el asunto. Porcia declara que el abogado era ella, y Antonio la rinde el homenaje que el talento merece. Recíbese noticia del feliz arribo de los buques que Antonio tenía por los mares, y queda de nuevo rico y poderoso.

Este es el asunto de la tragedia titulada *El Mercader de Venecia*, escrita por Guillermo Shakespeare, célebre actor y autor inglés, que asombró al mundo con su talento.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Estoy indignadísimo, querido Chononcito. Acaban de dirigirme un insulto terrible. Mira como traigo todas las plumas de mi traje. Completamente de punta. Estoy indignadísimo.

—Pues para tú estar de esa manera, han tenido que decirte un insulto muy gordo, muy gordo. A lo mejor te han llamado ignorante.

—Mucho peor que eso. Figúrate que porque sin querer he tropezado con el farol de un escaparate ha salido el dueño y me ha llamado...

—¿Qué te habrá llamado! No caigo.

—Pues nada menos que viejo buho. ¿A ti te parece que se puede decir nada más ofensivo? ¡Llamarme a mí, viejo, y apenas cuento cinco años!

—Es que tienes que reconocer, querido amigo, que un buho de cinco años no es ya ningún buho de teta.

—¿También tú quieres llamarme viejo?

—Nada de eso. Yo sé muy bien que estás en la tercera juventud.

—¡Chonón!

—No te me enfades. Y puesto que tanto te molesta que te digan que eres viejo (injustamente desde luego) ¿quieres decirme por qué nos hacemos viejos?

—¡Caramba con la preguntita! ¿No se te podía haber ocurrido preguntarme otra cosa?

—Desde luego; pero hoy mi curiosidad me ha sugerido ese tema. Si te contraría mucho que tratemos de él hablaremos de otra cosa.

—Contrariedad no me causa ninguna. Pero es que la contestación es difícilísima.

—Eso no es decir que sea imposible.

—Es evidente que la vejez es la consecuencia natural del desgaste que lentamente van sufriendo las cosas en el transcurso de la vida. Todo en el mundo envejece, porque todo se desgasta. Un hierro, una piedra, un árbol, un animal, van haciéndose viejos bajo la acción del tiempo.

—Estoy conforme, querido buho, pero el hierro y la piedra no reponen las energías gastadas y el hombre, lo mismo que el animal y que el árbol, sí. Por eso no acierto a comprender por qué envejecemos.

—Una de las causas, y para mí es la principal, que se atribuyen a la vejez es la acumulación en los organismos, de materias inservibles que no se han podido eliminar. Estas materias son venenosas, y lentamente, muy lentamente, sin que nosotros nos demos cuenta de ello, van endureciendo y haciendo torpes las articulaciones, blanqueando los cabellos, surcando de arrugas la piel, enturbiando la vista y obstruyendo, en fin, todos nuestros sentidos y facultades físicas y morales. La vejez, dificulta la lucidez de pensamiento, borra la memoria, y nos vuelve poco a poco al mismo estado de inconsciencia con que nacemos.

—Entonces ¿tú crees que la vejez es producida por envenenamiento?

—Yo eso creo. Si, por ejemplo, no eliminásemos por medio de la respiración el ácido carbónico que elaboran nuestros pulmones, envejeceríamos rápidamente a causa de las sustancias tóxicas de este gas.

—¿Y por qué unas personas envejecen antes que otras? Yo conozco viejos de cuarenta años, y jóvenes de setenta.

—¡Ya lo creo! Y yo también conozco muchos que son viejos antes de tiempo y otros en cambio que no abandonan nunca, o muy tarde, su aspecto de juventud. Esto te demostrará que no es solamente el tiempo el que influye en la vejez. Un hombre sano, que lleve una vida de costumbres moderadas, envejecerá más tarde que otro que sea inmoderado. No comer ni beber con exceso, dormir lo necesario, y vivir tranquilo y sosegado, son factores que defienden muy bien al organismo contra la invasión de la vejez.

—Eso de vivir tranquilo y sosegado no es cosa que dependa generalmente de la voluntad propia, querido buho ¿no te parece?

—No me meto yo en esa cuestión porque el tema de que estamos tratando no es ese. Yo me limito a señalarte las causas por las que envejecemos y una de ellas, muy importante por cierto, es la intranquilidad de espíritu. Las personas que sufren mucho en la vida, llegan antes a la vejez que las que no sufren. Hablo de los sufrimientos morales, porque los otros, los físicos, claro está que aun hacen envejecer más de prisa. Hay un proverbio inglés que dice que el mejor de todos los médicos es el reposo, la tranquilidad y la alegría.

—¡Si pudiera uno estar alegre siempre! Pero ya sabes que a veces, no es posible.

—¿Qué más quisiéramos!

—Me has dicho que una de las manifestaciones de la vejez son las arrugas de la piel.

—Exacto.

—¿Y puede saberse por qué se arruga la piel?

—Por la misma razón de la vejez. Por desgaste. Con la vejez viene el enflaquecimiento y al desaparecer de debajo de la piel parte de la capa grasosa que cubre el cuerpo, se encoge y se pliega, marcándose entonces esos surcos o arrugas que caracterizan a los seres de edad avanzada. Y se da el curioso fenómeno de que al llegar a cumplir muchos años, noventa o más, la piel abandona sus arrugas y vuelve a ponerse tersa y brillante.

—¿Como cuando es uno joven?

—Casi, casi lo mismo, solo que sin la frescura y lozanía que da la juventud. Lo que es también un hecho probado, es que el carácter de las personas influye poderosamente en la configuración de las arrugas de la piel. Las personas de mal genio, que se enfurruñan por cualquier cosa, llevan dibujado su carácter en la rigidez especial de sus arrugas. En cambio las de temperamento tranquilo, bondadoso y dulce, presentan en sus arrugas una flexibilidad agradable, que comunica simpatía a sus semejantes.

—Entonces no digas más. Ya sé las arrugas que tendrán Tin y Ton cuando sean viejos. Van a parecer rayos y centellas clavados en su carne.

—Tú lo has dicho, querido Chonón.



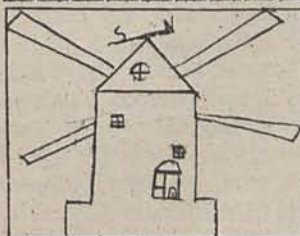
*Si Pinocho
te divierte, reco-
miéndalo a
tus amigos*



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE DICIEMBRE

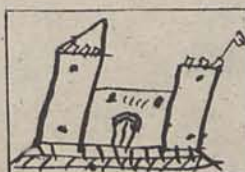
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



El molino holandés
Luz Sevilla



Un trasatlántico
Rafael Melero



Un castillo
Luis Parras, 8 años



Mi tío.—Arsenio Almajano



Un boxeador
A. Laborda, 9 años



Don Cirulo, leyendo
Rafael Melero



Maceta
Teresita Cerdán
6 años



La Pinta
M. Lacasa



Un gusano de seda
Nicolás Menéndez



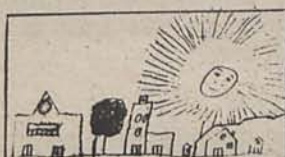
Juan Pata de Plata
Rafael Uribe



Mi muñeca
Teresita Cerdán



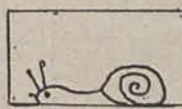
Lindbergh
Fedenio Carchernir
14 años



Puesta de sol
M.ª del Rosario Herranz



Franco, volando.—Carlos Bello



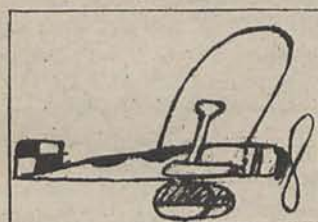
Un caracol
María Caro



Un zeppelin
María Caro, 13 años



Un perfil
María Caro



Jesús del Gran Poder
Ramón Romero, 11 años

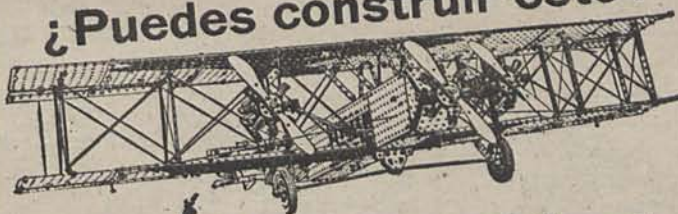


Mi casa de campo
Carlos Calvin, 11 años



Un chut colosal.—A. Laborda

¿Puedes construir esto?



Meccano construye millares de modelos funcionando todos

Puedes construir todos cuantos modelos hayas soñado—Aviones, Automóviles, Puentes, Grúas, Máquinas—con Meccano, el sistema ORIGINAL de construcción. Y todo modelo funciona con toda realidad, montada pieza por pieza exactamente de la misma manera que los ingenieros levantan los prototipos de ellos en la actualidad.

Equipos desde Ptas 15.00 á Ptas 1150.00 en los principales Bazares y Librerías

GRATIS

Nuestro representante tendrá sumo gusto en mandarte gratuitamente un ejemplar del nuevo librito Meccano con tal que le envíes las señas de tres de tus camaradas. Indique el número 15 á continuación de tu nombre, como referencia.

MECCANO

Agente para España y Portugal:

José Palouzié Serra (Sección 15)
Industria 226, BARCELONA

Producto de: MECCANO LIMITED, INGLATERRA

INSISTA QUE TU
EQUIPO LLEVE
LA MARCA
MECCANO



El ratoncito Pérez
Antonita Maqueda



Castillo.—Polo Pino, 8 años



Julio César
Victoriano Pardo

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

DEL MES DE DICIEMBRE

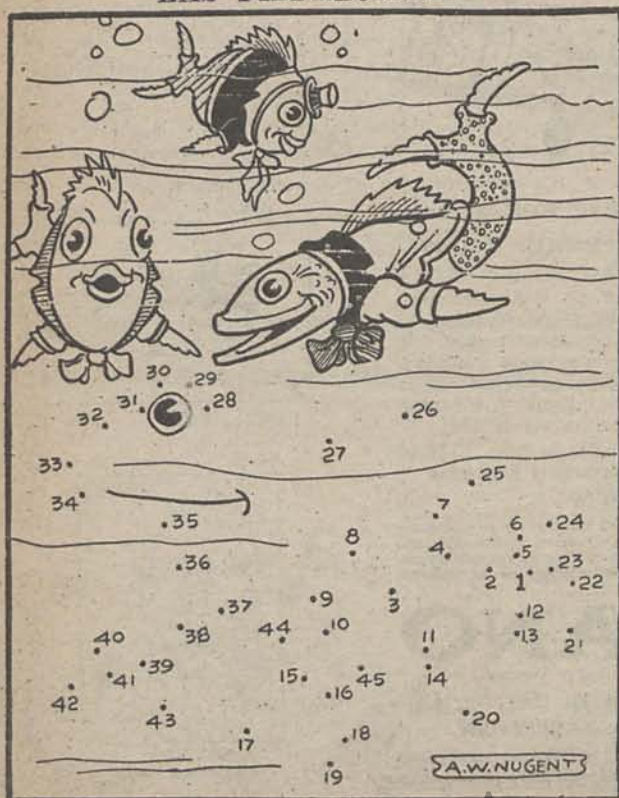
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

UNA AVENTURA EN TEXAS



Como ya sabéis Texas es uno de los estados de los Estados Unidos... ¿Comprendéis? Pues bien, allí, en aquel lejano país, aconteció la aventura que os voy a relatar... Érase un luminoso día del mes de abril, lleno de aromas, lleno de armonías... pero para que vamos a andar con pamplinas. Sabed que a este viejecito se le han escapado del gallinero cuatro gallinas... y no sabe donde están. Ayudadle en sus indagaciones.

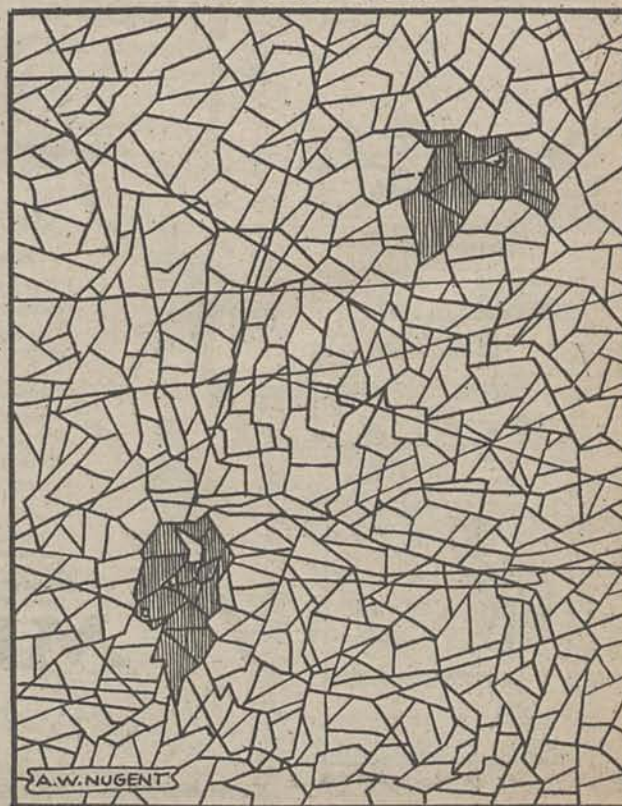
LAS PIEDRECITAS



¿Por qué se sonríen de una forma tan significativa esos peces? Algo debe moverles a reír, sin duda. ¿Cuál es ese algo? Seguid los números y lo sabréis.

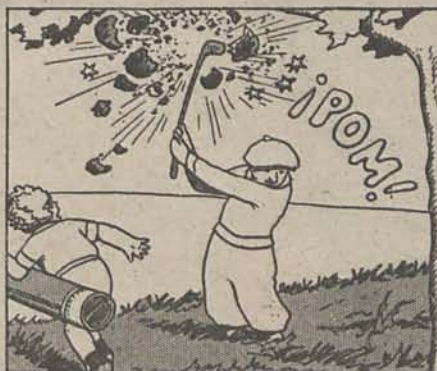
¿Podéis decir cuáles son los dos terribles animales que se ocultan detrás de este mosaico?

UN CASO RARO



ANITA

BUEN-CORAZON



SECCIÓN PIRULA

Charles de Pirula... cuentista

MARILDA, LA NIÑA QUE QUISO SER REINA



¿No habéis notado, amigas Pirulindas, que cada mes convida a algo diferente? Por ejemplo, octubre convida a estudiar de

firme para desquitarse de las pasadas vacaciones; abril, convida a coger flores; julio convida a irse de viaje; diciembre convida...

(No me preguntéis cuál es el mes que convida a tomar pasteles; a vosotras ya sé que todos los meses os convidan a tomarlos... pero ¡ninguno los paga!

Como os decía, diciembre, sobre todo en estos días de Navidades, convida a contar cuentos; por lo menos, a mí me convida a que os cuente uno y a vosotras supongo que os convidará a leerlo.

En muchos libros se dice que la víspera de Navidad, la abuelita reúne a sus nietos ante la chimenea donde arde alegre fuego de leña, y les cuenta historias maravillosas. Pero eso debía de ser antiguamente; hoy, ya casi no hay chimeneas, o por lo menos no se enciende la lumbre en ellas y mal veo a una abuelita reuniendo a sus nietos alrededor de un radiador de calefacción central.

Lo mejor es que sea yo quien os cuente un cuento para que luego, vos! otras, se lo refiráis a vuestra familia y a vuestros amiguitos en la noche de nacimiento del Niño Jesús, para la cual faltan ya bien pocos días.

Mi cuento es la historia de una niña pobre que quería ser rica; ¡ya véis que tontería! Con lo ricas que son naturalmente todas las niñas buenas sin necesidad para ello de tener dinero ni de que lo tengan sus papás.

Marilda era bella como lo es toda heroína de cuento, y también como toda heroína de cuento vivía en un pueblo con su mamá.

Pero era muy pobre; esto que suele sucederles a las heroínas de los cuentos—en la primera parte del cuento—la traía a Marilda muy a mal traer.

Al contrario de sus compañeras, las demás heroínas de cuento que son mañosas y trabajadoras y limpian su casita y trabajadoras y limpian su casita y cantan, sentadas ante su rueca mientras hilan, Marilda dejaba que trabajara su mamá y ella no tenía más ocupación que la de soñar; soñaba cuando dormía y soñaba cuando estaba despierta, y como siempre daba la casualidad de que o dormía o velaba, total que soñaba a todas horas.

Soñaba que se volvía rica y poderosa porque un rey se enamoraba de ella y le ofrecía su trono, su corona y sus tesoros, a cambio de su mano.

¡Esto mismo ha sucedido ya en tantos cuentos! ¿Por qué no había de sucederle ella también? Cuando su mamá la oía decir estas cosas, suspiraba, la reprendía e intentaba convencerla de que las heroínas de cuento que despiertan el amor de los reyes no son nunca unas holgazanas ambiciosas, sino unas niñas buenas, sencillas y modestas, que saben conformarse con su pobre breza.

Pero Marilda no hacía caso de tan sabias razones; ella se creía bastante hermosa para conseguir la fortuna a pesar de todos sus defectos.

Y en verdad que era preciosa, tanto que no había aun cumplido los quince años cuando le salió un pretendiente.

Era un joven del pueblo, muy honrado y trabajador y que, por cierto no era nada pobre; tenía una hermosa casa con un jardín lleno de flores, un corral lleno de aves, una huerta llena de hortalizas y un prado que parecía de terciopelo verde y donde pacían muchas vacas.

Cuando Perrin—que así se llamaba el joven—fué a pedir la mano de Marilda, la madre de esta tuvo una gran alegría. «Hija mía—exclamó—¡qué gran suerte para ti. Vas a tener un buen marido y además tú que tanto sueñas con la fortuna vas a ser rica!»

Pero Marilda tuvo una sonrisa de desdén: «¿Rica?—repitió—A cualquier cosa llamáis riqueza en este pueblo. ¡Y a cualquier hora me casaría yo con un paletot! Necesito por esposo un rey, ya lo sabes, madre; un rey que me ponga una corona de perlas y me cubra de alhajas; un rey que me lleve a vivir a un palacio donde todo el mundo se incline ante mí; un rey, en fin, que me haga reina, que es lo que yo quiero, lo que yo merezco ser». Y volvió la espalda al pobre Perrin que se quedó helado a pesar del calor que hacía, pues esto sucedía en el mes de agosto. Y pasaron semanas, meses, años; Marilda estaba cada día más hermosa y más despectiva; Perrin, cada día más enamorado y más triste.

Un día, fueron al pueblo a dar unas funciones unos titiriteros que representaban dramas magníficos de reyes y grandes señores, y sacaban trajes lujosos, de raso, con alhajas deslumbradoras, de cristal. Perrin fué a verlos trabajar y aquella noche estuvo menos triste; y se volvió a su casa cantando por el camino como antiguamente, cuando aun no se había enamorado de Marilda y Marilda todavía no le había dicho que no.

¿Por qué iba tan contento el simpático Perrin? ¿Por qué se había divertido mucho en la función?

Puede que fuera por eso; pronto lo sabremos; por ahora volvamos a la bella Marilda.

La encontramos en el momento en que le está sucediendo algo extraordinario, maravilloso: nada menos que la realización de su sueño.

Sí, aquella mañana, Marilda se hallaba sentada ante la puerta de su casa, soñadora como siempre, cuando de pronto oyó ruidos de trompetas y clarines y vió avanzar un cortejo de pajes y nobles que rodeaban una carroza de oro; la carroza se detuvo ante Marilda, la portezuela se abrió y nuestra heroína vió descender a un señor de barba rizada, magníficamente ataviado, que se inclinó ante ella y, descubriéndose y barriendo el suelo con la pluma color de fuego de su chambergo gris perla, la dijo así:

—Hermosa niña, soy el rey Orolindo...

No, ya no me cabe en esta plana lo que el rey Orolindo le dijo a la bella Marilda; el domingo que viene os lo diré.

